

LA COPA DE MARFIL,

ESPECTACULO TRAGICO EN TRES PARTES.

PERSONAS.

ROSMUNDA.
ALBOINO.
BRENILDA.

RODIMIRO.
BUCILIO.
SOLDADOS. ESCLAVOS.

La escena en Verona.— Año 573 de N. S. J. C.

PARTE PRIMERA.

Antecámara real en el palacio de Alboino, con puertas en el fondo y á los lados. En medio un pequeño aparador con copas que sirve en el primer acto.

ESCENA PRIMERA.

BRENILDA.

(Aparece mirando con circunspeccion por la puerta de la derecha, que se supone dar al aposento en que el rey Alboino celebra un festin, cuyo rumor se oirá durante las dos primeras escenas, pero sin que pueda interrumpir la representacion.)

Aun dura su festin. ¡Cuán fácilmente olvidan sus peligros y desastres Esos guerreros que lo mismo se hartan De generosos vinos, que de sangre! ¡Cuán fácilmente su garganta trueca Sus aullidos de guerra formidables Y sus lamentos bárbaros de muerte En alegres y báquicos cantares! Hé allí al rey Alboino... ¡oh! bien querrian Otro nombre mejor mis labios darle, Mas sonar debe solo en sus oídos Tan delicioso título... en las reales Cámaras nada mas, en las tranquilas Nocturnas horas, cuando todo yace Sepultado en el sueño y el silencio, Y oírnos nombre tal no pueda nadie. Ciegos en derredor todos los ojos

Tienen que estar para esto; los pilares De esta estancia no mas tal nombre escuchan Cuando en murmullo de mis labios parte, Y de su labio real otro tan dulce Como el que yo le doy en pago sale... Mas seguros que el eco de ambos nombres De la cámara real se ahoga en el aire... Y mientras ¡ay de mí! solo me es dado Vagar en torno de él; pasar, mirarle, Oír su acento, contemplar su rostro, Servir su copa y á sus piés sentarme, Cual blanca sombra del amor perdido, Casto recuerdo de adorada imagen, Sin que ese nombre dulce en mis oídos Suene jamás en público... ¿quién sabe? Tal vez un día por la vez primera Sonará, y para siempre mi linaje, Mis derechos, mi amor, mis sufrimientos Al universo todo haré palpables. Tal vez... mas él tambien á la derecha Del rey está. ¡Cuán bello! en sus brillantes Pupilas, en su rostro todo entero Se revela el placer que halla en mirarme. (Aparece Rosmunda por la puerta de la izquierda, y al percibir á Brenilda se detiene á escucharla, acercándose poco á poco hasta colocarse detrás de ella.) Y sus ojos no mas me ven ahora; Nadie mas que él me ha apercibido... ¡oh! vale

Para mí esta mirada hurtada á todos La mitad de mi vida... idolatrarle Puede no mas mi corazón. Le adoro; Si, le amo, y me estasio contemplándole. (Mira con precaucion levantando el tapiz.)

ESCENA II.

BRENILDA, ROSMUNDA.

Ros. (¿Qué dice? ¿le ama? ¿á quién? ¿dónde sus ojos Se fijan? ¿Quién es él...? ¡Si mas sagaces Que los suyos los míos el objeto De su amoroso arrobamiento hallasen! (Mira por detrás de Brenilda.) ¡Cielos, es él! es Rodimiro... el vaso Alza al rostro... sí, sí; para ocultarme Su clara turbacion, porque tras ella Aparecer ha visto mi semblante.)

Bren. Mas ha palidecido de repente: ¡No me quiere mirar!

Ros. Niña, ¿qué haces?

Bren. ¡Ay!

Ros. ¡Silencio! que otro ¡ay! involuntario No llame su atencion...

Bren. Señora...

Ros. Apártate

Del círculo á que alcanzan sus miradas, Y respóndeme: ¿qué es lo que te hace Tan arrobada estar ante esa puerta? ¿Qué hay en la mesa del festin que llame Tan fuertemente tu atencion? ¿no has visto Nunca en palacio fiesta semejante? ¿Nunca vistes al rey sus nuevos triunfos Celebrar en la mesa con sus grandes Y sus guerreros, di? ¿ó es que hay entre ellos

Quién tu liviano corazón ablande Con el osado fuego de sus ojos?

Bren. ¡Qué! á ser eso verdad, ¿tan mal lo hallarais

Que así lo preguntéis, airado el gesto, Trémula...?

Ros. ¿A ser verdad? ¿vas á negarme Lo que escuché yo misma de tu boca, «Le amo, le adoro?»

Bren. ¡Dios! ¿eso escuchásteis?

Ros. Sí, y las miradas de sus ojos fijas Sobre los tuyos sorprendí. ¿Turbarse No le vistes? ¿llevar el vaso al rostro Tras su áureo metal para ocultártelo? Pues fué porque detrás de tu cabeza Vió la mía en la sombra dibujarse.

Bren. Si, todo ahora lo entiendo.

Ros. ¿Ahora lo entiendes?

Y el vil secreto que pasar dejaste De tu pecho á mi pecho, ¿has comprendido Hasta dónde ¡infeliz! puede llevarte? ¡Si el rey lo comprendiere!

Bren. Siempre... siempre En mi mayor tormento se complace Vuestro vil corazón...! Siempre, dó quiera

Persiguiéndome vais, vais espiándome, Contándome los pasos que camino, Interpretando de mi voz las frases, Esprimiendo los mismos pensamientos Que aun á palabras no reduce: echándome Al rostro sin piedad mi desventura, De mi misma virtud haciendo ultraje, De mi pobre esperanza una por una Sin compasion las flores deshojándome! ¿Hasta cuándo, señora, este suplicio Ha de durar? Sin nombre me dejásteis, Sin mil derechos que al nacer obtuve, Cuando á la luz me dió mi régia madre; Cuanto era mio, vuestro fué: nacida Bajo de real dosel, de reyes traje Noble y justa altivez, sin recordaros Los vasallos, los bosques, las ciudades Que pasaron á vos... y con todo ello Ofrenda os hice y os rendí homenaje. El os amó y me dijo: «Me interesa Que el trono rindas, que tu nombre calles, Que no entienda tu sér hombre nacido, Y olvidada de ti por otra pases.» Y olvidada de mí pasé por otra; Mi nombre ni mi sér no entendí nadie, Y naciendo señora me hice esclava De quien necio adoró mi ciego...

Ros. ¡infame!

¡Que no salga jamás de tu garganta Ese nombre fatal, y al reclamarle Si te atreves un día, ve, contempla El abismo que cava inmensurable Entre ti y Rodimiro: porque es ese El soplo que mantiene el fuego que arde En tu pecho, Brenilda: ese es el idolo A que elevó tu corazón altares.

Bren. ¡Por compasion, callad!

Ros. ¡Oh, te amedrenta

Que le conozca...! pero qué, ¿mas grave Será por ello tu torpeza? al cabo Es bizarro, galan, cortés, afable, El escudo y sosten de Lombardia, El trono con el rey divide casi. ¡Oh! ¡has elegido bien! no habrá en Italia Quien descontento tu eleccion te tache. Luego, es jóven, y hermoso; en rubios rizos Larga madeja de cabellos cae Sobre sus anchos hombros; sus pupilas Radian cual radia en la serena tarde Entre purpúreo pabellon de nubes El sol, tras la montaña al ocultarse: Su sonrisa es mas grata que el aroma De la flor que en abril temprana nace, Y es mas grata su voz que el són tranquilo Con que murmura el aura entre los árboles. ¡Oh! ¡has elegido bien! ¡cuántas matronas Mas espertas que tú, sus gracias traen Esculpidas en su alma! ¡cuántas dieran

Muchas horas de amor, muchos galanes
Tiernos, enamorados, generosos
De su amorosa fé por un instante!
Y tú casi en la infancia, al linde apenas
Del campo de la vida, la red frágil
Le tiendes de tu amor... tal vez á solas
Con falsas esperanzas le persuades,
Le ofreces...

Bren. Basta ya : tened la lengua,
Que me avergüenza oír palabras tales
En vuestra boca real; y una sospecha
Siento al oiros en mi pecho alzarse
Que os hace tan odiosa ante mis ojos
Cuanto si al rey...

Ros. ¡Silencio! ¡miserable!
¿Qué es lo que osas pensar?

Bren. Lo que no osara
Si vuestra misma voz no me obligase
A concebir desde hoy.

Ros. Tus zelos solo
Inspirártelo pueden.

Bren. Tal vez márgen
Para ellos me han dado otros.

Ros. ¡Insensata!
Calla, y tu crimen á ninguno achaques.
¿Tu te atreves á amar? ¿Sabes quién eres?
¿Ignoras que á morir puede llevarle
Vuestro amoroso y criminal secreto?

Bren. ¿Nuestro? mio no mas : él no lo sabe.

Ros. ¿No lo sabe?

Bren. Jamás osó mi labio
Ni aun dirigirse á él.

Ros. ¡Ah! no me engañes,
Brenilda, ¿de ese amor...?

Bren. Vive el misterio
Solo dentro de mí.

Ros. ¿Cómo probarme
Lo que dices podrás, si yo te he visto
Una vez y otra vez fija mirarle,
Y á él por encima del dorado vaso
Sus ojos elevar para mirarte?

Bren. Errado habrán mis ojos, mas mi
lengua,

Mi corazon son puros; ni faltarme
Jamás á mi decoro tanto pude
Por mas que mi cariño me estraviase;
Que yo jamás olvidaré, señora,
Lo que me debo á mi, y aunque se rasgue
Mi corazon de mi dolor al impetu,
Devoraré en silencio mis afanes,
Y sabré descender á mi sepulcro
Víctima del dolor, mas no culpable.

Ros. ¿Tan severa virtud en tu alma jóven
Con tan firme pasión á un tiempo cabe?

Bren. Cabe, si; y pues que vos la com-
prendisteis,

Si él la entiende á su vez, que acaso es fácil,

Al mismo rey declararé sin miedo
Mi pasión...

Ros. ¡Ay de tí! si tal osares,
Brenilda : ese secreto es tu sentencia,
Y solo vivirás mientras le guardes.

Bren. ¿Quién es esta muger, sagrados
cielos,

Que por dó quiera á detenerme sale,
Que á todas pertes con furor me sigue,
Doblando mi dolor en todas partes?
¿Con que no hay para mí paz ni reposo?
¿No hay piedad para mí? ¿fuerza es que cave
Mi tumba gota á gota con mis lágrimas,
Y paso á paso hasta mi tumba baje,
Empujándome vos paso tras paso,
Cuanto ame y cuanto espere arrebatándome?

Ros. Te ciega tu pasión : yo solo quiero
Por el camino de tu bien guiarte,
Purgándote de necias ilusiones,
Harto indignas de ti... perc ya salen
Del banquete... esas lágrimas enjuga,
Y á servir á tu rey pronto prepárate
La última copa del festín : es honra
Que te dispensa siempre, ya lo sabes.

Bren. ¿Qué me valdrá ¡ay de mí! secar
los ojos,

Mientras el corazon lágrimas mane?

Ros. ¡Hola, esclavos! las lámparas difun-
dan

La necesaria luz.

Bren. ¡Oh cielo, ampárame!

Ros. Le ama... ; y cuánto! ¡oh furor! ¡y
torpe acaso

En mi alma la dejé que penetrase
Dándola un arma contra mí...! no importa.
Yo sabré para siempre separarles,
Yo haré que entre los dos un muro inmenso,
Inaccesible á entrambos se levante.

ESCENA III.

ALBOINO, RODIMIRO, ROSMUNDA,
BRENILDA, BUCILIO.

Alb. ¡Bien lo hemos hecho por quien
soy! y espero

Que no se quejarán de nuestro trato
Esos romanos viles que nos tienen
Por salvajes estúpidos y bárbaros.

Buc. Lobos son nada mas que ahullan co-
bardes

Al verse en nuestras redes entrampados.

Alb. ¡Lobos! ¡Tienes razón!

Buc. ¿Qué ojos pusieron

Sobre las mesas al mirar rodando

Los vasos de oro de sus templos!

Alb. Era

Convidar al banquete necesario
A esos altivos ricos, cuyo miedo
Puede á Italia tranquila conservarnos.
Y aunque acaso completo no hallarian
El servicio á que están acostumbrados,
Tuvieron que comer, tuvieron vino,
Y se fueron con vida.

Buc. Ya las manos
Me hormigueaban á mí viendo sus gestos
Y melindres.

Alb. ¡Pardiez! ya se marcharon,
Y cumplimos con ellos bravamente.

Buc. Eso sí, cual quien somos nos por-
tamos.

Alb. Harto hacemos dejándoles la vida,
Puesto que, ya vencidos, son esclavos.
En fin, ahora nosotros lejos de ellos,
Sin ceremonias necias concluyamos
Nuestro festín como acabarlos deben
Húngaros valerosos y lombardos.

(A Rosmunda y Brenilda.)

¡Hola! ¿aquí estais vosotras?

Ros. Tus costumbres
Sabiendo todo aquí te lo aprestamos.

Alb. Muy bien : esos imbéciles me han
hecho

Tragar sin reflexion vaso tras vaso
Con sus rondas y brindis... y esos vinos
De Italia al paladar me son tan gratos
Que á no ser yo quien soy fuera de tino
Me pusiera tal vez. — ¡Ea! sentaos,
Capitanes, aquí ; todos en torno
Mio, y como partimos en el campo
Las lanzadas y golpes, la alegría
Con mano franca por igual partamos.
Rosmunda, tú tambien : y tú, Brenilda,
Sírvenme á mí ; á vosotros mis esclavos,
Que estas manos son haces de azucenas
Y á un rey sirven no mas. ¡Ea! bebamos.

Buc. Mas por los cielos, Rodimiro, creo
Que tu copa no apuras.

Alb., con desden. Estasiado
En amoroso arrobamiento há dias
Anda.

Rod. Alboino...

Alb. De tu mismo labio
Lo sé, tú me lo has dicho. Pero ahora
Que lo miro mejor, ¡oh desdichados
(Mirando á Brenilda y Rodimiro.)

De vosotros si es cierta! esa memoria
Me recuerda... Brenilda, tú has llorado.
Rodimiro, ¡ay de tí si me has mentido!

Rod. ¡Yo mentir, Alboin!

Alb. Silencio. Cuando
Su mano á demandar te has atrevido,
Que ella estaba ignorante me has jurado
De tu insensato amor.

Rod. Sí, y estoy pronto

A volverlo á jurar; nunca llegaron
A sus oídos mis palabras.

Alb. ¿Cómo
La he visto, pues, el rostro adelantando
Detrás de ese tapiz mientras comíamos,
Y cómo la volvías al soslayo
Sus furtivas miradas?

Bren. y Rod. ¡Cielos!
Alb. Todo

Lo penetran mis ojos, insensatos.
Oye, pues, Rodimiro ; yo me avengo
A perdonarte amor tan temerario,
Mientras es sentimiento que escondido
Hierve en tu corazon ; pero si osado
Redujiste á palabra el pensamiento
Para ponerle en sus oídos castos,
Te juro por el cielo que nos cubre
Que mueres esta noche.

Bren. ¡Cielos santos.

Hay mas duelos aún! Señor, yo os juro
Por cuanto respeteis por mas sagrado
Que no me habló jamás.

Rod. Rey Alboino,
Tú me conoces bien; yo he peleado

Largo tiempo por tí ; sabes mi esfuerzo,
Sabes que mis consejos y mi brazo
Te han servido con honra, y há bien poco
La Italia á conquistar te han ayudado :
Pues bien, yo me he creído con derecho
Para aspirar á galardón tamaño.
La he visto, la he amado : he acudido
A aquel que la guardaba, imaginando
Que quien era el segundo de su reino
Merecerla podría.

Alb. Te ha engañado
Tu orgullo, Rodimiro, y veo ahora
Que tu lombardo brio amancillando,
Has aprendido á hacer largos discursos
En la lengua servil de los romanos.
En Hungría pidieron siempre tierras,
Castillos ó riquezas los soldados
En premio del valor, mas no mugeres.
Y si pensaste alucinarme acaso
Con largas peroratas en la lengua
De la vencida Italia, esfuerzos vanos
Para lucir tú ciencia de hoy escúsame;
Porque á mí esos discursos estudiados
Y esas floridas frases ni me mueven
Jamás ni me convencen : al contrario,
Me provocan á risa, porque creo
Que donde hay mucha lengua hay pocas
manos :

Y porque tengo oídos para húngaros,
Mas para perros de la Italia, látigos.

Rod. Castiga, pues, con ellos á tus perros,
Mas no amagues con ellos á lombardos
Como yo.

Alb. ¿Como tú? me inspiras lástima

Y desprecio no mas. ¿Méritos altos
Recuerdas de valor? ya lo has perdido.
Si en otros tiempos junto á mí has lidiado,
Hoy bajo el cielo de la torpe Italia
Envilecido te has : lo están mostrando
Los perfumados rizos de tu crencha,
Tu esmerado vestir, tu afeminado
Porte, en fin, tu afición á los placeres
Y el amor de quien cedas al halago.
Mas la muger sobre la cual tus ojos
Te atreviste á poner, á mas bizarro
Y fuerte corazón está ofrecida :
Porque tal cual la ves, es noble tallo
De una rama arraigada en régio tronco
Y con sangre real fecundizado.

Rod. Yo nunca pregunté para adorarla
Qué sangre la dió el sér, ni cuáles trajo
Títulos á tu casa : la vi en ella,
Y me bastó encontrarla en tu palacio
Para tenerla en mucho : ni es justicia
Que por vivir su origen ignorando
En tu casa me insultes.

Alb. Rodimiro,
Basta de arengas ya : tú has provocado
Mi lengua, y la solté : si te ha ofendido
Súfrelo ; tu rey soy, tú mi vasallo :
Y en cuanto á ella, que comprendas basta
Que para tuya no nació. Bebamos.

Rod. Entonces, dame de tornar á Hungría
Licencia.

Alb. No haces falta en mis estados :
Cuando te plazca vuélvete.

Ros. Alboino,
Considera, señor, que largos años
Te sirvió con honor ; que fué tu amigo,
Y si osó contrariarte, sabrá manso
Olvidar ese amor.

Rod. Nunca.

Alb. Rosmunda,
¿Tú también, lo sospecho, te has pagado
De su hermosura juvenil? ¿que parta
Por no volverle á ver sientes acaso?

Ros. ¡Alboino!

Alb. Rosmunda, te conozco ;
Mas con ventajas tus traiciones pago,
Y por muchas que me hagas, ya te llevo
Una bien estremada de adelante.
Mas, ¿qué digo? perdona las bravatas
De unos zelos imbeciles. Bebamos.
Toma, Bucilio : Rodimiro, toma,
Y necias disensiones apartando,
Tú aquí en mi copa de márfil, Rosmunda,
Conmigo beberás. Ya sabes que hago
De esta copa alta estima, y que con ella
Concluyo siempre mi festin diario,
Y en la corte, en la caza, en la campaña
Siempre me sirvo de ella.

Ros. Lo he notado.

Alb. Hondo misterio en su labrada taza
Consignó mi poder, y há tiempo largo
Que mis labios no mas llegan á ella.
De mi injusto rigor en desagravio
Hoy te la ofrezco ; bebe pues, Rosmunda,
Que con tu padre bebas.

Ros. ¿Eh? no alcanzo
Lo que me dices. ¿Con mi padre bebo?

Alb. Con su memoria, sí. De un sorbo
acáballo.

Ros. Sea.

Alb. Así trato á los que en mucho estimo.

Ros. Gracias.

Alb. ¡Ja, ja, ja, ja! Señores, vámonos.
(Alboino vase, llevando por delante á
Brenilda, y siguiéndole Bucilio. Ros-
munda y Rodimiro quedan cada uno á
un lado de la escena.)

ESCENA IV.

ROSMUNDA, RODIMIRO.

Ros. Esa risa feroz... me ha estremecido...
Sí, ¡alguno encierra pavoroso arcano
Que no comprendo bien! siempre la suelta
Al complacerse en algun mal.

Rod. Salgamos
De ese palacio, en que el vapor se aspira
Del crimen.

Ros. ¿Mas quién osa?...

Rod. Ya me aparto ;
Perdonad.

Ros. Rodimiro... ¿aquí qué esperas?

Rod. No espero ; parto ; ¡á Dios!

Ros. Tente. ¿Los pasos

Del rey no sigues?

Rod. No. Para mis plantas
Se abre el camino por opuesto lado.

No haces falta, me ha dicho : con que nada
Me resta ya que hacer en su palacio.

Ros. Palabras que á un amigo se le dicen
Tal vez en un colérico arrebato,
Mas que se olvidan luego.

Rod. En mi memoria
Quedarán indelebles, y en el campo
Volvérselas espero en algun dia
Con la misma arrogancia.

Ros. ¿Con que tanto
Amas á esa muger, que por negártela
Le aborreces así?

Rod. Sí, la idolatro.

Por la esperanza de lograrla un dia
Me uní á Alboino, combatí á su lado,
Le ayudé en sus tiránicas conquistas,
Testigo de sus crímenes infandos ;
Mas hoy que me la niega, hoy que se apaga
Mi esperanza, el ambiente emponzoñado

No quiero respirar con que él respira,
Y en verme su enemigo me complazco.
Voy de la suya á dividir mi gente
Y á partir de Verona : pero aguardo
Volver dentro de poco á su presencia
A pedir con las armas en la mano
Lo que tal vez á mis servicios debe.
Y ¡ay de él entonces!

Ros. Cálmate, ¡oh gallardo
Capitan!

Rod. ¡Ah! ¿calmarme cuando pierdo
En solo un punto cuanto espero y amo?

Ros. Pues esperas en balde : esa doncella,
Nacida en régia cuna, y al cuidado
De Alboino encargada por su padre,
Solo se debe unir en puro lazo
Con quien ciña corona y cetro empuñe
Cual conviene á su origen soberano.

Rod. Pues bien, hablad ; ¿cuál es? ¿quién
es su padre?

¿Dónde tiene su imperio? ¿en qué apartado
Rincon del mundo reina? Iré á buscarle,
Y ambas rodillas á sus piés doblando,
Le pediré á Brenilda.

Ros. Y rey no siendo,
¿Con qué derecho pedirás?

Rod. Soldados
Tengo y tierras, soy noble, y atrevido,
Y avezado á la guerra : el mundo es ancho,
Y nunca un sitio en donde alzar un trono
Me ha de faltar si con el trono pago.

Ros. ¡Oh, y lo mereces!

Rod. ¡Ah! vos de mi parte...

Ros. No, por mi vida no : te has enga-
ñado.

¿Yo de tu parte en tu amor ciego? nunca :
Primero el corazón me harán pedazos.

Rod. No acierto á comprender...

Ros. Pues... ¿no lo oiste?
« ¿Y tú también, Rosmunda, te has pagado
De su hermosura juvenil? ¿que parta
Por no volverle á ver sientes acaso? »

El mismo te lo dijo, él, Alboino...

Pues bien, dijeron la verdad sus labios.
No partirás ; delante de mis ojos

Quiero tenerte siempre, porque te...

Rod. Harto

Habeis dicho, señora ; y si la mente
Con pensamiento tal habeis manchado,
Y el torpe corazón con tal deseo,
La lengua no manchais ciega explicándolo.

Ea, partir dejadme ; me avergüenza...

Ros. ¡Qué, infeliz!

Rod. El haberos escuchado.

Ros. ¿Y el haberme entendido?

Rod. Sí, Rosmunda.

Ros. Pues es secreto que vender no trato

Sino á precio subido : y pues lo sabes,

Piensa que fuerza te será pagármelo,
Porque al pasar de pensamiento á dicho
Fuerza es cumplirle ó sepultura darlo.

Rod. Las amenazas y el amor desprecio
De quien no sea Brenilda.

Ros. ¡ Mentecato !

Brenilda, como tú víctima mia,
En mi poder está... mas concluyamos.

Yo el desamor á perdonar me avengo,
Pero el desprecio no ; y pues ocultarlo

No supe de Alboino, desde hoy á todo
Por tí me atrevo, y por tu amor lo abarco,

Y en punto tal el mundo pondrá inútiles
A mi venganza ó á mi amor obstáculos.

Mugeres como yo no se desprecian
En vano, Rodimiro ; y si yo cambio

Los nombres de los dos cuando esta escena
Revele, y este amor en que me abraso

Te lo atribuyo á tí, burla, desprecio
De Brenilda serás, del vulgo escarnio,

Objeto de la saña de Alboino,
Y su víctima luego en el cadalso.

Todo de un solo golpe te lo quito,
Toda de un soplo tu esperanza apago.

Rod. ¡Basta, infernal muger! digna te
miro

De tu real esposo ; á un amor casto,
¿Cómo puede ayudar quien parte el lecho

Con un monstruo como él?

Ros. Mas de sus manos
Puedo arrancarte yo, ó ponerte en ellas

Para morir, y piénsalo despacio,
Que yo te necesito amante ó muerto,

Y si no cedas al amor te mato.
Rod. Moriremos los dos.

Ros. ¿Tú me amenazas?

Rod. Sí ; fías en tí misma demasiado,
Y esperas de Alboino lo que juzgo

Que ya no lograrás.

Ros. Piensas acaso
Que quien me debe la corona...

Rod. Pienso

Que hay dos hombres en él, distintos ambos,
El marido y el rey : y este del trono
Que le usurpó á tu padre asegurado,
Cuando pueda saldrá de tí el marido

Que bebe en esa copa.

Ros. Habla mas claro.
¿Qué me quieres decir? ¿tú en esa copa
Conoces el misterio consignado?

Rod. Sí ; y no esperé arrojarle de mi pecho
En tu cámara misma revelándolo ;

Pero ya que me dices « ama ó muere, »
Oye, Rosmunda, y tiembala contemplando

Qué es lo que puedes esperar del hombre
Con quien casada estás... mas ve si acaso
Pueden de sus oidos al alcance
Mis palabras salir.

Ros., cerrando las puertas. Di confiado; Pero sé breve.

Rod. Escucha, pues: tú sabes Que el casarse Alboin contigo, solo Fué por asegurar con tal enlace La usurpacion tirana de este reino Que á tu padre quitó.

Ros. Si; ¿mas no sabes Que yo para mi amor ganarle supe, Y que me amó despues?

Rod. Si; mas es fácil Que ignores tú que amaba á Clotosinda Tambien, y al meditar que desposándote Tu trono aseguraba, en unas yerbas La dió la muerte.

Ros. Si; pero no sabes Que hasta el amor que profesó á los hijos De Clotosinda, al mio en homenaje Rindió, y al buen Comundo á ruegos míos Perdonó, y aun logró que le amparase En vez de perseguirle, y á la sombra De su amparo vivió.

Rod. Si; mas no sabes La muerte de tu padre el rey Comundo.

Ros. Si, la supe despues; el miserable, No pudiendo sufrir verse vencido, Espiró en Lombardia... mas ¿cuál trae Todo eso relacion con el misterio?

Rod. ¡Ah, me das compasion! inmenso te abre

Un abismo á los piés ese Alboino De quien esperas que te atienda en balde, Y en vano juzgas conocer, en vano Fias en tu poder un solo instante.

Ros. La corona me debe, y todavía Como en esos balcones me asomase Gritando: ¡guerra! como tigres vieras Levantarse en mi nombre mil parciales.

Rod. Llámalos, pues, y si saldrán verem- mos

De las sangrientas urnas en que yacen.

Ros. Te lo juro en verdad; ¡pobre man- cebo!

Me haces reir queriendo amedrentarme. Siempre ha de ver en mi la que amó un día.

Rod. La que victima fué de sus maldades.

Ros. ¿Victima...? tú deliras.

Rod. Tú, Rosmunda, Si que deliras, tú: siempre callarte Quise por compasion este misterio, Mas pues tú misma le provocas, sábele: No tienes un amigo, sus cabezas Rodaron una á una: y execrable Venganza de tu padre al fin tomando, El mismo le mató.

Ros. ¡Mientes!

Rod. Su sangre ¡ó á sus caballos á beber, y mira:

¿Ves esa copa que precioso engarce De oro circunda?

Ros. Si.

Rod. De ella se sirve Desde tu misma boda; á todas partes La lleva.

Ros. Si; concluye.

Rod. ¿Y no has oido, Rosmunda, las palabras infernales Con que te la brindó: « Bebe, Rosmunda, Que con tu padre bebes? » Pues bien, sabe Lo que aquellas palabras significan, Y tu esperanza de una vez acabe: Esa ancha copa que marfil parece No es mas que el hueco cráneo de un cadáver.

Ros. ¡Qué horror!

Rod. ¿No has comprendido todavía Cuyo es, Rosmunda?

Ros. No.

Rod. Fué de tu padre...

Ros. ¡Ah! (Un momento de pausa.)

Rod. Piensa qué esperar debes ahora Ros. Una cosa no mas.

Rod. ¿Cuál es?

Ros. Vengarme.

Rod. Es tarde ya.

Ros. No, no; déjame sola, Déjame pensar; y si salvarte Quieres, y quieres á Brenilda, aparta A ese aposento hasta que yo te llame.

Rod. Vana ilusion; es tarde.

Ros. Rodimiro, Mientras vive Rosmunda, nunca es tarde.

PARTE SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

ROSMUNDA.

¡A mirarla ¡ay de mí! me atrevo apenas! ¿Con que es verdad? ¿burlada, escarnecida De tan horrible modo...? ¡y yo, insensata, Que en esa copa sin pavor bebia Mientras sus labios sonriendo...! ¡bárbaro! ¡Venganza solo de salvages digna Ha sido tu venganza! ¡Ni aun sepulcro Le diste...! ¡ay, que esta idea me horroriza! ¡Miser padre mio! ¡y yo pensaba Ir á verter sobre su tumba un día La última gota de sincero llanto Que mis enjutos párpados abrigan! ¡Yo, que anhelaba del sepulcro al menos En el borde fatal, ya que no en vida, El postrimero ¡á Dios! dar á sus restos Porque durmiera el ánima tranquila!

¡Y no hay tierra ¡qué horror! que los cobije, No hay urna que los guarde, mientras su hija Parte el lecho nupcial con el verdugo Y con su seca calavera brinda! Sombra insepulta de Comundo... ¡acaso Vagas en torno de la mesa misma En que tu cráneo sirve demandando Represalia de mofa tan sacrilega! ¡Venganza, sí, venganza! ¡oh padre mio! Yo te la debo, y la tendrás: cumplida En él y en cuantos tengan de su raza Un átomo no mas: ¡oh! y la tendrías Aunque fuera preciso para dártela Tornar mis propios reinos en ceniza, Y sorber gota á gota en ese cóncavo Toda la sangre de su vil familia. ¿La ira que te animó contra mi padre Has hecho caer en mí...? tú legítimas Mi venganza, Alboino: ¡oh! por ventura Hijos tienes tambien de Clotosinda, De la que tanto amaste... ¡me estremece La barbarie sondar de nuestras iras! Pero al pensar en mi insepulto padre Mi saña mas atroz será justicia.

ESCENA II.

ROSMUNDA, ALBOINO.

Alb. ¿Aquí Rosmunda aún?

Ros. El es: mi sangre Se agolpa hirviendo al corazón.

Alb. ¿Qué ideas Tan absorta la traen?

Ros. Siento sus ojos Clavados en mí faz, y puedo apenas Impedir que al calor de sus miradas El carmin de la rabia me enrojezca.

¿Alboino?

Alb. ¿Rosmunda? ¿Aquí tan sola Por las cámaras reales? ¿en qué piensas?

Ros. Pensamientos bien tristes me acom- pañan,

Alboino, y me alegro de que vengas.

Alb. Jamás supe con labio compasivo Consuelo dar á mugeriles penas,

Ya lo sabes, Rosmunda; y si es que ahora Sobre tu corazón alguna pesa,

No la intentes partir con Alboino, Que solo sabe dominar.

Ros. No temas, No, que al pesar que el corazón me agobia Consuelo demandar al tuyo quiera.

Alb. Ni tampoco á mi voz.

Ros. Tampoco: solo Quiero que tú mis pensamientos sepas,

Por si quieres cumplirme en algun día El deseo que en mí tales los crea.

Alb. Di pues.

Ros. Pienso en mi padre, el rey Comundo.

Alb. ¿Séale leve la mortuoria piedra!

Ros. ¿Mas dónde está?

Alb. ¿Y porqué me lo preguntas?

Ros. Porque algun día visitar quisiera Su solitaria tumba, algunas flores Dejando y una lágrima sobre ella.

Alb. Muchas veces, Rosmunda, me lo has dicho,

Y has oido otras tantas mi respuesta; Nunca, yo vivo, la verás; las tumbas Inspiran melancólicas ideas,

Y no quiero que nunca al lado mio Sus sombrías memorias te entristezcan.

Ros. ¿Con que al fin tu furor es impla- cable,

Y ni aun al borde de las tumbas cesa?

Alb. No; mas fué mi enemigo; la for- tuna

Me puso enfrente de él, y si á ver llegas Su sepultura, al recordar tu muerte La causa recordar te será fuerza.

Ros. Tal vez no tiene sepultura honrada, Y te causa rubor que yo la vea.

Alb. Tiene un palacio por sepulcro... y gentes

Que continuo le cuidan y le cercan. Y basta de ello ya.

Ros. Solo, Alboino, Quisiera confesarte... una flaqueza Tal vez, un infantil remordimiento, Pero que roe sordo mi existencia.

Dicen que en paz el alma no reposa Del triste padre que en el mundo deja Hijos que en su sepulcro no colocan Con pia mano funeraria ofrenda.

Alb. Delirios.

Ros. Aseguran que su sombra Vaga invisible en su redor, y lenta, Triste y desnuda de su lecho en torno, En la callada noche se pasea.

¿No la has sentido tú?

Alb. ¿Yo? desvarias.

Ros. Mas, ¿ni aun tu sueño alguna vez altera

Su memoria?

Alb. Jamás; mis enemigos Si mueren una vez no se presentan Ante mis ojos mas, ni mi memoria En sueño ni en vigilia los recuerda.

Ros. Tienes un corazón...

Alb. Lo sé, de bronce; Un corazón audaz en que se estrellan Todos esos menguados sentimientos Que al guerrero envilecen. Los que reinan, Los que mandan ejércitos que arrastran

Detrás de su corcel á la pelea,
Los que el imperio donde nacen miran
Cual jaula vil que su valor encierra,
Y de algo mas sintiéndose capaces
Los hierros viles de su jaula quiebran
Para buscar espacio á sus alientos,
Y para dar ensanche á su grandeza,
Un corazon de bronce como el mio
Deben tener, Rosmunda; una alma entera
Incapaz de temor. y un pié tan firme
Que haga á su paso estremecer la tierra.

Ros. Un corazon de tigre como el tuyo,
Que ni á los hombres ni á los cielos tema.

Alb. Tú lo dices, Rosmunda; y pues lo
sabes,

Fuerza será que tu destino veas
En mí, que soy tu dueño, porque nada
Mi corazon contrasta ni dobllega,
Y cuanto encuentre á su camino opuesto
Es fuerza que se humille ó que perezca.
Y óyeme bien, porque te estoy notando
Un no sé qué de lúgubre y siniestra
Que no comprendo, y para que obres cauta
Lo que pienso de ti quiero que sepas.
Yo aborrecí á tu padre; contra él solo
Salté feroz las húngaras fronteras,
Y me lancé sobre él como un torrente,
Resuelto á esclavizar toda su tierra.
Pelemos, venci; volvió los suyos
A juntar, y otra vez á la refriega
Torné á vencerle yo; quedó mi esclavo,
Y cautiva con él su raza entera.
Entonces me llamó contra el romano
Injurioso Narsetes, y revuelta
No queriendo dejar á mis espaldas
Tu nacion humillada, con destreza
Acerté á mantener lo conquistado,
Cuando, mi esposa Clotosinda muerta,
Legitimé casándome contigo
El derecho que obtuve por la fuerza.

Ros. ¿Y mi padre?
Alb. No mas me le recuerdes:
Aun vive en mi su enemistad ilesa,
Y un poco que te amé por tu hermosura
Se me puede olvidar si me impacientas.

Ros. ¡Alboino!

Alb. ¡Rosmunda!
Ros. El pueblo mio
Puede acordarse de que soy su reina.

Alb. Yo haré que al punto mismo se le
olvide
Para siempre.

Ros. ¿Con qué?

Alb. Con tu cabeza.

Ros. ¡Mónstruo! ¿serás capaz?

Alb. De todo: ahora

Mas que nunca, Rosmunda, y porque entiendas

Cuánto te importa ser prudente, sabe
Que deben los romanos á las puertas
De Verona llegar en esta noche,
Y yo salir á recibirlos fuera:
Mas recoge, Rosmunda, esa sonrisa
Que á tu labio asomó, porque penetran
Mis ojos en tu pecho y tus ocultos
Intentos leen.

Ros. ¡Oh cielos!

Alb. La sospecha

Roe mi corazon: esos lombardos
Que á Rodimiro siguen, si se quedan
Dentro de la ciudad pueden venderme;
Les saco, pues, conmigo á la pelea;
Mas sin su capitán... aun no respire...
Escucha cómo en la ciudad se queda.
Gobernador contigo en nombre mio
El pueblo todo lo creará en mi ausencia:
Sus lombardos así saldrán seguros
Y lidiarán leales: mas en estas
Salas presos los dos ni á los balcones
Os debéis acercar hasta mi vuelta.
Ni una señal, ni una palabra debe
Revelar vuestro estado. Y la primera
Hará saltar la espada de Bucilio,
Que velará sobre vosotros. Prenda
De salvacion, tal vez de represalias
Brenilda ser para los dos pudiera
Si en vuestras manos la dejara, pero
Todo lo calculé, y en las tinieblas
Del alcázar saldrá, y en mas seguras
Manos la dejaré. Si fuere adversa
Mi suerte y me vencieren los romanos,
De ninguno de entrambos será presa,
Que no quiero de mí que os vengueis nunca
En el único sér que amo en la tierra.

Mas si vuelvo triunfante... para entonces,
Rosmunda, ajustaremos nuestras cuentas.
¡Silencio! Yo os conozco. Rodimiro
Ama á Brenilda, acaso le ama ella;
Mas tú le amas á él, y por vengarte
De todo eres capaz; los zelos ciegan.
El, capitán valiente, hombre gallardo
Y enamorado asaz, por obtenerla
Todo lo emprenderá, y estoy resuelto
De fuerza ó grado á que jamás la obtenga.
Es un árbol fatal que me hace sombra,
Es una fama á mi renombre opuesta,
Es un hombre que marcha al lado mio
Y casi igual á mi crece y se eleva,
Y estoy zeloso de él, y necesito
Hundir bajo mi planta su soberbia.

Ros. ¿Con que es decir...?

Alb. Que morirá.

Ros. ¡Malvado!

Alb. El amor de Brenilda es su sentencia.

Ros. Di que es su gloria, su valor tus
zelos.

ESCENA V.

ROSMUNDA, RODIMIRO.

Rod. ¡Traidor!

Ros. ¿Oíste?

Rod. Todo.

¡Tirano vil!

Ros. Mas bajo; nos acechan.

Rod. ¡Encerrados aquí!

Ros. Y con tus lombardos

Victorioso quedar aguarda mientras.

Rod. No, todos á mi voz en un instante

Acudirán á mi.

Ros. Tente; ¿qué intentas?

Rod. Desde cualquier ventana...

Ros. Serás muerto

Antes que á alguna aproximarte puedas.

La espada de Bucilio al dar un paso

Mas allá de esta cámara te espera.

Rod. ¿No tengo yo la mia?

Ros. Él tiene muchas

En torno suyo contra tí dispuetas.

Rod. El coraje me ahoga.

Ros. Razon tienes,

Grande, sobrada, poderosa, inmensa;

Mas un momento calmate.

Rod. ¿Calmarme,

Cuando toda la sangre se aglomera

Sobre mi corazon, que aquí en mi pecho

No cabe de furor? ¿calma? ¿paciencia?

¿Cuando acabo de oírle que me mata

Por la gloria que he dado á sus banderas?

¿Porque junté mis armas con las tuyas

Para doblar sus triunfos con mis fuerzas?

¿Calmarme, cuando veo en un instante

Que en vez de una anhelada recompensa,

Mis hazañas, que á un trono le llevaron,

Solo á una muerte sin honor me llevan?

¡Calmarme! tú podrás, que tambien tienes,

Lo mismo que él, el corazon de piedra.

Yo no, que tengo sus injurias todas

En mi afrentado corazon impresas.

Ros. ¿Y no las tiene el mio, Rodimiro?

¿No tiene injurias que vengar? ¿afrentas

Que están clamando por venganza como

Ellas son de satánicas y horrendas?

¿No pide, di, venganza esa vil mofa

Tantos años seguida... ver espuesta

La cabeza del padre asesinado

Ante mi vista y en mi propia mesa?

¿Crees acaso que un punto en mis oídos

Las palabras horribles no resuenan

Que nunca comprendí? « Bebe, Rosmunda,

Que con tu padre bebas. »

Rod. Cesa, cesa,

Que me espanta, Rosmunda, el torvo brillo

Que tus sangrientos ojos reverberan.

Alb. Su gloria y su valor se la aceleran;
Donde Alboino está quiere estar solo,
Donde reina Alboino nadie reina,
Y el que á sus piés no doble la rodilla
Doblará ante su espada la cabeza.
Hé aquí mi historia, pues: hé aquí mis
leyes:
Hé aquí mi corazon: lo que haces piensa.
¿Bucilio?

ESCENA III.

ALBOINO, ROSMUNDA, BUCILIO.

Buc. Aquí me tienes.

Alb. ¿Está todo?

Buc. Todo.

Alb. A ordenar voy, pues, mis
haces: presta

Vuelta daré; tu obligacion no olvides.

Buc. Fia.

Alb. Aquí están los tres, guarda las
puertas.

ESCENA IV.

ROSMUNDA, BUCILIO.

Ros. ¿Qué es lo que aguardas tú?

Buc. ¿No habeis oído

Las órdenes del rey?

Ros. Desde allí fuera

Puedes tambien guardarlas: en mi cámara

Sola quiero quedar: ¿lo oyes? despeja.

Buc. Yo sé lo que el rey quiere.

Ros. ¡Ira del cielo!

¿Y no sabes tambien que soy la reina?

¡Atrás!

Buc. Señora...

Ros. ¡Atrás!

Buc. Ved que velando

Junto al dintel estoy.

Ros. Donde tú quieras,

Como no sea ante mis ojos. Bueno.

(Cierra la puerta.)

Estos breves instantes que me restan

Aprovechar sabré. « Hé aquí mis leyes:

Hé aquí mi corazon: lo que haces piensa. »

Dijo. Ya lo pensé: todo por todo

Voy á arriesgarlo, si: ¡vengada ó muerte!

Implacable como él, bárbara, impía

Seré á mi turno; pero pronta, diestra,

Ni aun tiempo le dare... ¡necio! ¡insensato!

Que el alma me descubres y me dejas

Vivir un punto mas... ¡rey Alboino,

Verás tu imprevision lo que te cuesta!

¿Rodimiro?

Ros. Eso es que transparentes mis pupilas
Te dejan ver del corazon la hoguera.
Rod. Sí, sí; tienes razon.
Ros. ¿Crees aun mi calma
Hija de un alma á las injurias muerta?
Rod. No, te creo capaz...
Ros. De todo ahora :
Mas á no errar el golpe bien resuelta,
Busco yo mi venganza como debo,
No con el corazon, con la cabeza.
¿Quieres unir tu suerte con mi suerte?
Rod. No te comprendo bien.
Ros. Su pronta vuelta
Al partir anunció; de un solo golpe
Lograr podremos la venganza nuestra.
Rod. Habla, el valor me sobra.
Ros. No hará falta
Mucho valor.
Rod. ¿Qué, pues?
Ros. Mucha destreza,
Mucho silencio, sobre todo : escucha.
Rod. Habla y sé breve, porque el tiempo
vuela.
Ros. Tú mandas cierta tropa...
Rod. Ya lo sabes.
Ros. ¿De su fidelidad tienes completa
Confianza?
Rod. Vasallos de mis padres
Son, y nacidos en mi patria mesma.
Ros. ¿Y están á tu servicio...?
Rod. Voluntarios :
A mí en el mundo nada mas respetan;
Aliados, no vasallos de Alboino.
Ros. Pues yo sé por dó se abre una poterna
Que sale de este alcázar á las ruinas
De ese templo romano. Una vez fuera
De aquí uno de los dos, á tus lombardos
Meter puede á esta cámara por ella.
Rod. Guia; como una vez me vea libre,
Caeré sobre él con mi legion entera.
Ros. No, puede descubrir tus movimien-
tos,
Y á los suyos llamar en su defensa.
Rod. Tarde será.
Ros. Se encerrará en palacio.
Rod. Y yo le sitiare dentro su régia
Mansion : es mi venganza mas segura.
Ros. No, Rodimiro, no : de esa manera
Tu venganza es segura : pero en cambio
A mí me hará colgar en las almenas
Por haberte salvado. No, yo sola
Del alcázar saldré, y á las casernas
Llegaré de los tuyos á anunciarles
El peligro mortal que te rodea.
Rod. ¿Mas si llega Alboino antes que
tornes...?
Ros. Respetar necesita tu existencia
Mientras pueda esperar que tus soldados

Le ayuden á vencer : ¡oh! nada temas.
Rod. Pero ¿cuál es tu plan?
Ros. El devolverle
Venganza por venganza; y cuando vuelva
A saciar la que aguarda de nosotros,
Dé en la que en cambio prevenida tenga.
Rod. Dices bien.
Ros. Por si acaso desconfian
Tus lombardos de mí, dame una prenda
Que crédito me dé.
Rod. Mi anillo.
Ros. Tráele;
¿Es señal convenida?
Rod. Sí; cualquiera
De ellos bien le conoce, y al mostrársele
Todos resueltos seguirán tus huellas.
Ros. Tú, aguárdame entre tanto.
Rod. Aquí te espero.
Ros. Cuida bien que tu rostro no nos venda
La inquietud de su pecho revelando
En la turbada faz.
Rod. Está serena.
Ros. Ni mirada, ni voz, ni ¡ay! ni suspiro
Te haga traicion.
Rod. Vé en paz.
Ros. El su anatema
Sobre ambos fulminó : púsonos á ambos
Juntos para morir en su sentencia;
Y pues nos junta el cielo á la venganza,
Yo juro quedar hoy vengada ó muerta.
A Dios.
Rod. Aguarda.
Ros. ¿Qué?
Rod. ¿Si te descubren?
Ros. No ha de ser antes que los tuyos
sepan
Tu situacion, y á tu socorro lleguen.
Rod. ¿Mas si acaso morir te aconteciera?
Ros. Entonces pon mi muerte en el platillo
De la balanza fiel de tus afrentas.
Rod. ¿Y si me toca á mí?
Ros. Lo que yo haria
Haz.
Rod. ¿Qué?
Ros. Arrostrar tu suerte con fiereza,
Y bajar en silencio á tu sepulcro
Sin estorbar á la venganza ajena.
Rod. Te comprendo muy bien.
Ros. Si me comprendes,
Cuanto á ambos nos importa considera
Que el que caiga no estorbe al compañero,
Siguiendo ambos á dos la misma senda.
Rod. Caeré sin estorbarte tu camino :
Fia en mí.
Ros. Y en mí tú.
Rod. Vé, pues.
Ros. Pues vela.

ESCENA VI.

RODIMIRO.

Tiene razon esa muger. Oculta,
Sorda y en las tinieblas preparada,
Como ese vil tirano nos la apresta,
Asi debe de ser nuestra venganza.
Ha discurrido bien : todo por todo;
Mas esa fria reflexion me espanta
Con que todo lo mira y lo calcula
Y el tiempo mide, y la ocasion señala.
¡Tal es la ofensa empero! ¡un dia y otro
Con escarnio tan bárbaro mofada
En su amor y en su estirpe escarnecida!
Sangre, aliento de hiena en sus entrañas
Tienen ambos á dos; y me parece
Que el aire que se aspira en este alcázar
Es un vapor de crimen que emponzoña
Con honda sed de crímenes el alma.
¿De dónde, de qué padres, de que tierra
Maldita viene tan maldita raza,
Que así cuanto hay entre los hombres sacro
Con tan frio furor vende y ultraja?
¡A quién leal les sirve, le escarnecen!
¡Sentencian á morir á quien les ama...!
¿Quién me juntó con ellos? ¿Quién me trajo
A Verona...? mas... oigo en esa estancia
Pasos... se acercan, sí. ¿Si esa Rosmunda
Me venderá tal vez...? ¡Oh! acompañarla
Debi, seguirla por dó quier... ¿qué digo?
¡Dejarla aquí á Alboino abandonada!
No; su afrenta es mayor : yo soy un hombre,
Y saber debo sucumbir salvándola.
A esa puerta llamaron...
Bren., dentro. ¿Alboino?
Rod. Ese acento... ¿quién va?
Bren., dentro. Brenilda.
Rod. Mi alma
Reconocióla al punto.
(Abre la puerta adonde Brenilda llama.)

ESCENA VII.

RODIMIRO, BRENILDA.

Bren. ¡Ah...! Rodimiro.
Rod. Sí, yo soy.
Bren. ¡Ay de mí! (En accion de retirarse.)
Rod., deteniéndola. Deten la planta
Un momento no mas : la vez primera
Es esta en que logré fortuna tanta,
Y por si es á la par la postrimera
Perder no quiero esta ocasion.
Bren. Levanta.
Rod. No, Brenilda; ya lo oiste
De boca de Alboino, te amo.

Bren. Calla.
Rod. En vano el labio á la pasion resiste;
Del respeto el amor rompe la valla,
Sábelo al fin : si me ligué á Alboino,
Fué nada mas que por seguirte y verte :
Si he sembrado de glorias mi camino,
Ha sido nada mas por merecerte.
Permanecer en tu palacio ahora
Es no tener valor de abandonarte,
Y callar la pasion que me devora
Recelo nada mas fué de enojarte.
Mas hoy que ajeno labio en tus oidos
Resonar de mi amor hizo el secreto,
Los míos se resuelven atrevidos
A llegar de mi amor al santo objeto.
Sabe, pues, de una vez, Brenilda, sabe
Lo que en mi solo corazon no cabe.
Yo te amo, sí, te adoro.

Bren. ¡Rodimiro,
Déjame por piedad!
Rod. ¡Brenilda mía!
Tú eres el aire con que yo respiro,
Tú eres la estrella que mis pasos guia,
Tú la felicidad por quien deliro :
Tu vista es para mí la luz del dia;
Será tu nombre mi postrer suspiro,
Mi anhelo amarte, mi temor perderte,
Tu amor mi sér, tu desamor mi muerte.
Bren. Calla, que tus palabras me fascinan,
Y en mis oidos resonar no deben.
Rod. Son la verdad no mas.
Bren. ¡Ah! me asesinan
Esas verdades que á escuchar me inclinan.
Rod. ¿A escuchar? ¿es decir que si se
atreven

Mis ansias á esperar...?
Bren. No, te alucinan;
Apártate de mí.
Rod. ¿Me huyes? ¡ingrata!
Yo creí ver en tus radiantes ojos
Siquiera compasion... mas con enojos
Me apartas : ¡ay! que tu traicion me mata.
Yo creí que tus ojos me seguian
Con cariñoso afan, que penetraban
Mi corazon, y el fuego comprendian
Que ardia dentro de él... mas me engañaban
Cuando á los míos responder fingian
Y con falsa expresion me contemplaban.
¡Tal es el fin de mi pasion sincera!
Cumpló, pues, mi destino : ¡á Dios!
Bren. Espera.
Rod. ¿Espera, dices, y la hermosa mano
Me tiendes...? ¡y una lágrima perdida
Resbala por tu rostro soberano
En el momento de partir vertida?
¿Al corazon arrancas un suspiro?
Acaba de una vez : ¿cuál en tu lloro
Misterio se me esconde?